



## REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.  
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condicion hacer la suscripcion por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 21.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LÓZANO DE VILCHEZ.

8 de Junio de 1877.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

## SUMARIO.

**El culto de la Virgen**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**A mi querida prima la señorita doña Milagro Perez, en sus dias**, poesia, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**En el abanico de R....** poesia, por don J. Tejon y Rodriguez.—**La Virgen de las ruinas**, novela por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**.

## EL CULTO DE LA VÍRGEN.

(CONCLUSION.)

Mujer, vé ahí á tu hijo! esta eterna palabra significa: «Madre, los hombres son tus hijos; consuélos, enjuga sus lágrimas, escucha sus plegarias; oye su voz, cuando su voz se dirija á tí; cede á sus ruegos, cuando sus ruegos se eleven á tus piés: ¡estos son los atributos del corazón maternal! Pide, pide con todo el afán de una madre, que yo escucharé tus súplicas con todo el amor de un hijo.»

Vé ahí á tu Madre!

Sabeis lo que estas palabras quieren decir? Oh! el mundo entero las traduce de este modo:

«Aquí teneis una medianera, una abogada,

un puerto de salvacion. Si el dolor os aflige, pedidle consuelo. Si estais enfermos, pedidle la salud. Si dudais del mundo, pedidle la fé en el cielo. Si temeis mi enojo, cubrios con su manto. Si temblais á mi justicia, invocad su misericordia. Pedidle, pedidle con la confianza de hijos, que Ella os escuchará con la ternura de Madre.»

Y así es, así será siempre!

¡Si debemos orar á Maria! preguntad á la humanidad entera, y os responderán diez y nueve siglos, en que el orbe católico en sus pesares, en sus tribulaciones, en sus horas de temor ó afán, exclama con un grito del alma: «¡Madre mia!»

¡Desgraciados, desgraciados de aquellos que no lo digan á cada instante, que no lo repitan cien veces al dia!

Desgraciado del que necesite preguntar si debemos orar á la Virgen!

De cuántos consuelos habrá carecido en este mundo!

Pero yo no puedo, no quiero creer que el mismo labio que formula esa pregunta, no haya invocado alguna vez á la Santa Madre de Dios.

El que tal dice ha tenido una madre, ¡acaso la ha perdido! ¿será posible que si esto es así, al



ver su cadáver volver á la tierra, al ver desaparecer á su madre en el mundo, no haya vuelto los ojos al cielo, diciendo entre lágrimas: «Madre mía?»

El que tal dice, acaso, acaso ha tenido hijos, ¿podrá ser que al verles sonreír en la cuna, al recibir su primera mirada de amor, no haya pensado instintivamente en la Virgen, no haya dicho «Madre mía, velad por ellos?»

Y si ha sufrido, porque el mundo solo ofrece grandes dolores, ¿será verdad, será posible que tenga que preguntar *si debemos orar á la Virgen?*

¿Será cierto que su corazón esté tan seco, tan muerta su alma, que no guarde una sola lágrima, una sola plegaria para la Santísima María?

Oh! si esto es así, le compadecemos sinceramente, y damos gracias al cielo porque nos ha dado creencias dulces, esperanzas consoladoras; porque en medio de las decepciones y amarguras de la vida, ha puesto en nuestros labios y en nuestro corazón estas dulces palabras: «Madre mía!»

Después de haber consignado con la sencillez de una pluma harto insegura y débil nuestra opinión sobre si debemos orar á la Virgen nos falta solo ocuparnos de si la Virgen María nos puede salvar.

La respuesta á esta pregunta podrá hallarse en cuanto hemos dicho anteriormente, pues si reconocemos la misericordia de la madre de Dios, si comprendemos su poder celestial y la eficacia de su ruego, ¿cómo hemos de negar que puede salvarnos por la virtud divina de este mismo ruego?

Dudar esto, sería dudar de su clemencia, de su amor á los hijos que adoptó en el Calvario, y de su soberana influencia en el corazón del supremo Hacedor, y esto no lo permite nuestra fé, ni puede tolerarlo nuestra devoción.

Todo el inmenso poder del cielo reside, relativamente, en María, puesto que descendieron á su seno, no solo el Hijo de Dios, sino el eterno Padre y el Espíritu increado, porque estas tres distintas personas son un solo y único Dios, omnipotente, infinito, absoluto dueño de cielos y mundos, de ángeles y hombres, y al hacerse hijo de María la concedió todo el poder y prerrogativas de una verdadera Madre.

El, que existía antes del principio de los siglos, quiso ser concebido en sus entrañas, y nacer de ella niño, para deberle la existencia.

El, que era la fortaleza, se hizo débil y desvalido para que Ella le protegiese entre sus brazos.

El, que encerraba en sí mismo todo el germen de la existencia, puso en el pecho de María las

fuentes de su vida mortal, para depender enteramente de Ella, al cruzar los umbrales de la existencia humana.

El, que venía á enseñarnos con su ejemplo, fué el primero de los buenos hijos, y consagró á la que habia escogido por Madre todo el respeto, toda la ternura, todo el prestigio de que un Dios era capaz.

¿Cómo no hemos de creer que podemos salvarnos por medio de Ella, si la atiende, y la respeta y la ama como á su augusta Madre, el que es Omnipotente, y nuestro único y exclusivo juez?

Además, cuando Jesús espiraba en la cruz después de haber consumado la obra divina de redimir y rescatar al hombre, ¿por qué no dijo al dirigirse á Juan «hé aquí á tu padre, al que ha derramado por tí su sangre gota á gota; al que ha sufrido la ignominia y el tormento por tu amor; al que á fuerza de dolores te ha librado de la esclavitud de Satanás; al que con su muerte te abre las puertas de una vida inmortal y te promete una eterna bienaventuranza?» ¿porque no dijo en fin «ve aquí á tu Salvador?»

Prefirió solo decir «ve aquí á tu Madre,» queriendo sin duda, en un exceso de abnegación divina, de amor incalculable, que todos los méritos de su pasión y de su muerte, que toda la gratitud y las bendiciones que le debemos por ella, que toda nuestra confianza y las esperanzas todas de nuestra alma, fuesen á caer á los pies de aquella á quien llamaba co-rendentora del linaje humano.

Y si María cooperó con Dios para redimir y salvar á la raza entera de Adán, ¿la excluiría de poder contribuir á salvar una sola de nuestras almas?

Esto no es posible.

Tomad de nuevo ese libro santo cuyas doctrinas son infalibles. Con él tambien podemos probar la verdad de nuestros asertos: abridle por última vez: buscad la epístola del apóstol Santiago, capítulo 5.º verso 16, y le oireis esclamar: *Orad los unos por los otros, para que seáis salvos.*

Y si logra influir en nuestra salvación la oración de unos por otros, ¿qué no podrá el ruego y la súplica de la poderosa Reina del cielo? ¿quién dudará que nos puede salvar?

María, todos lo saben, es la medianera entre Dios y el hombre.

Participando de nuestra naturaleza humana, comprende y adivina nuestras miserias, nuestras flaquezas, nuestras debilidades mismas.

Participando de la divinidad infinita de Dios, borra con sus lágrimas y su amor la mancha indeleble de nuestras culpas.

Su mano derecha colocada en el tesoro de los



bienes del cielo, toma sin medida toda clase de gracias celestiales, mientras su izquierda tendida hácia el mundo derrama sobre nosotros torrentes sin fin de esos mismos divinos dones.

Ella y su hijo anhelan con un afán incalculable la conversión de un pecador, la salvación de un alma, y ambos pueden dar ó conceder un cielo: María por la eficacia de su súplica, el Omnipotente por la sola virtud de su palabra.

Á aquel á quien la santa Virgen no pueda salvar con una mirada de sus ojos, con una súplica de sus labios, no le salvará el mismo Jesús tampoco, porque será inmensa la universalidad de sus culpas, mayor su ceguedad y su obstinación en el pecado, y Dios ha dicho que será justo, y su palabra eterna no puede faltar.

Reasumanos pues.

La Virgen nos puede salvar por medio de su intercesión y por la influencia de su ruego: por eso la llamamos los católicos auxilio de los cristianos y refugio de los pecadores. Por eso nosotros, lleno el corazón de fe y esperanza, la invocamos siempre, no solo para que enjague en este mundo nuestro llanto, sino para que nos abra las puertas del cielo.

Y Ella lo hará porque lo puede todo con Dios. Ella lo hará porque la primer frase que traza nuestra pluma es *María*. Ella lo hará porque la primer palabra que enseñamos á nuestros hijos es *María*. Ella lo hará, en fin, porque el postrer sonido que se escape de nuestros labios será su dulce nombre, será *María*.

¡Oh! felices los que mueren hijos en Ella los ojos, puesta en Ella la esperanza.

¡Su sonrisa disipa las sombras de la muerte, su mirada ilumina la espantosa oscuridad del sepulcro!

Tal vez algun día, cuando la vida se escape del corazón de aquellos que dudan de su influencia ó niegan su poder, cuando sus labios no necesiten formular una mentira, porque la mentira les sea inútil; cuando no aspiren á hacerse célebres por medio de la blasfemia ó la impiedad, porque su celebridad esté próxima á hundirse en el sepulcro; cuando ya no abriguen vanas esperanzas, loco orgullo, aspiraciones mezquinas, tal vez repetimos recuerden las palabras de una pobre mujer que nada sabe, pero que cree y confía, que ora y espera.

Tal vez entonces, iluminados por un rayo de luz divina, amparados por esa misma madre á quien han ofendido en este mundo, conozcan su error y detesten la hora en que brotó de sus labios ó de su mente cualquier duda, cualquier ofensa para María.

Quizá en tan supremo instante, al ver la jus-

ticia de Dios próxima á fallar su inapelable causa, quieran acudir á la misericordia de María; quizá con una voz espirante del alma, griten: Madre, madre mía, amparadme!

Entonces al ver la vida que se escapa, la eternidad que se acerca, al verse frente á frente de la ira del Eterno, que le preguntará con enojo «¿por qué ha ultrajado á su Madre?» ¿qué será de ellos si esa misma Madre no pide su perdón, no suplica en su favor, no acude para salvarles?

¡Oh aplazamos nuestra respuesta para esa hora, porque acaso en ella confiesen con sus lágrimas de arrepentimiento y con sus ardientes plegarias, que María, la Madre de Dios, la Madre del hombre, la Reina de la misericordia; es el amparo cierto, es el áncora de la esperanza no solo de sus fieles hijos, sino de sus hijos ingratos.

Hasta entonces, Dios guíe á esos desventurados, Dios les ilumine, y no haga que produzca abrojos á su paso la semilla que quieren sembrar en el suelo de nuestra querida patria.

Hemos terminado nuestra tarea. Hemos probado que la devoción á María es el mas dulce de nuestros deberes, y que su ruego nos puede salvar.

Lamentamos solo que nuestras escasas fuerzas nos hayan impedido hacerlo de un modo mas elocuente y digno.

Tan altas cuestiones, misterios tan abstractos, no pueden jamás ser bien definidos ni tratados dignamente por la pobre razón del hombre, del mismo modo que no nos es posible mirar cara á cara al sol porque su luz nos ciega y nos deslumbra.

Si hay alguna ciencia en las verdades divinas, el solo sabio, el único infalible, es el regulador de todo lo creado, es el Ser Supremo; es Dios!

¡Dios, que puso un límite á la inteligencia humana, que le dijo como á las aguas del mar, «de aquí no pasarás,» y que hace que los pensamientos mas atrevidos, los ingenios mas audaces, y los sofismas mas ingeniosos se estrellen á sus piés y se truequen en frágil espuma, como las inquietas y turbulentas olas del profundo y vasto océano.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## EN EL ABANICO DE R....

—Mústia la flor está, que sonreía al alba ayer.—Así la juventud y la belleza pasan, hija mía: solo una cosa al tiempo desafia y triunfa.—Cuál es, madre?—La virtud.

J. Tejon y Rodríguez.



ver su cadáver volver á la tierra, al ver desaparecer á su madre en el mundo, no haya vuelto los ojos al cielo, diciendo entre lágrimas: «Madre mía?»

El que tal dice, acaso, acaso ha tenido hijos, ¿podrá ser que al verles sonreír en la cuna, al recibir su primera mirada de amor, no haya pensado instintivamente en la Virgen, no haya dicho «Madre mía, velad por ellos?»

Y si ha sufrido, porque el mundo solo ofrece grandes dolores, ¿será verdad, será posible que tenga que preguntar *si debemos orar á la Virgen?*

¿Será cierto que su corazón esté tan seco, tan muerta su alma, que no guarde una sola lágrima, una sola plegaria para la Santísima María?

Oh! si esto es así, le compadecemos sinceramente, y damos gracias al cielo porque nos ha dado creencias dulces, esperanzas consoladoras; porque en medio de las decepciones y amarguras de la vida, ha puesto en nuestros labios y en nuestro corazón estas dulces palabras: «Madre mía!»

Después de haber consignado con la sencillez de una pluma harto insegura y débil nuestra opinión sobre si debemos orar á la Virgen nos falta solo ocuparnos de si la Virgen María nos puede salvar.

La respuesta á esta pregunta podrá hallarse en cuanto hemos dicho anteriormente, pues si reconocemos la misericordia de la madre de Dios, si comprendemos su poder celestial y la eficacia de su ruego, ¿cómo hemos de negar que puede salvarnos por la virtud divina de este mismo ruego?

Dudar esto, sería dudar de su clemencia, de su amor á los hijos que adoptó en el Calvario, y de su soberana influencia en el corazón del supremo Hacedor, y esto no lo permite nuestra fe, ni puede tolerarlo nuestra devoción.

Todo el inmenso poder del cielo reside, relativamente, en María, puesto que descendieron á su seno, no solo el Hijo de Dios, sino el eterno Padre y el Espíritu increado, porque estas tres distintas personas son un solo y único Dios, omnipotente, infinito, absoluto dueño de cielos y mundos, de ángeles y hombres, y al hacerse hijo de María le concedió todo el poder y prerrogativas de una verdadera Madre.

Él, que existía antes del principio de los siglos, quiso ser concebido en sus entrañas, y nacer de ella niño, para deberle la existencia.

Él, que era la fortaleza, se hizo débil y desvalido para que Ella le protegiese entre sus brazos.

Él, que encerraba en sí mismo todo el germen de la existencia, puso en el pecho de María las

fuentes de su vida mortal, para depender enteramente de Ella, al cruzar los umbrales de la existencia humana.

Él, que venía á enseñarnos con su ejemplo, fue el primero de los buenos hijos, y consagró á la que había escogido por Madre todo el respeto, toda la ternura, todo el prestigio de que un Dios era capaz.

¿Cómo no hemos de creer que podemos salvarnos por medio de Ella, si la atiende, y la respeta y la ama como á su augusta Madre, el que es Omnipotente, y nuestro único y exclusivo juez?

Además, cuando Jesús espiraba en la cruz después de haber consumado la obra divina de redimir y rescatar al hombre, ¿por qué no dijo al dirigirse á Juan «hé aquí á tu padre, al que ha derramado por tí su sangre gota á gota; al que ha sufrido la ignominia y el tormento por tu amor; al que á fuerza de dolores te ha librado de la esclavitud de Satanás; al que con su muerte te abre las puertas de una vida inmortal y te promete una eterna bienaventuranza?» ¿por qué no dijo en fin «ve aquí á tu Salvador?»

Prefirió solo decir «ve aquí á tu Madre,» queriendo sin duda, en un exceso de abnegación divina, de amor incalculable, que todos los méritos de su pasión y de su muerte, que toda la gratitud y las bendiciones que le debemos por ella, que toda nuestra confianza y las esperanzas todas de nuestra alma, fuesen á caer á los pies de aquella á quien llamaba co-rendentora del linaje humano.

Y si María cooperó con Dios para redimir y salvar á la raza entera de Adán, ¿la excluiría de poder contribuir á salvar una sola de nuestras almas?

Esto no es posible.

Tomad de nuevo ese libro santo cuyas doctrinas son infalibles. Con él también podemos probar la verdad de nuestros asertos: abridle por última vez: buscad la epístola del apóstol Santiago, capítulo 5.º verso 16, y le oíreis esclamar: *Orad los unos por los otros, para que seáis salvos.*

Y si logra influir en nuestra salvación la oración de unos por otros, ¿qué no podrá el ruego y la súplica de la poderosa Reina del cielo? ¿quién dudará que nos puede salvar?

María, todos lo saben, es la medianera entre Dios y el hombre.

Participando de nuestra naturaleza humana, comprende y adivina nuestras miserias, nuestras flaquezas, nuestras debilidades mismas.

Participando de la divinidad infinita de Dios, borra con sus lágrimas y su amor la mancha indeleble de nuestras culpas.

Su mano derecha colocada en el tesoro de los





## SA TERESA DE JESUS

*en el acto de escribir su vida.*

Ayuntamiento de Madrid

*Se halla en casa Sanchez Val.*



## CALVARIO Y REDENCION.

## CARTAS DE DOS HERMANOS.

*Maria á Fabian.*

Me preguntas, hermano mio, el estado de mi espíritu, y me das parte de tus serenas alegrías, y de tu justo gozo por la visible mejoría de Angelina.

Yo te envío mi enhorabuena por ello, y bendigo al cielo porque eres mi hermano.

Oh! sí; yo me siento orgullosa de poderte dar este dulce nombre: yo estoy orgullosa de tener un lugar en ese corazón tan noble, tan leal, y dispuesto siempre al bien.

El cielo te recompensará tu interés y tus esfuerzos en favor de esa niña sin madre, y la suya desde la eterna morada pedirá á Dios que te haga feliz.

Feliz! no sé qué ideas hace germinar en mi mente esta palabra.

Hay felicidad acaso en la tierra?

Hay paz siquiera en la existencia?

Creo que no.

Al menos, yo no la siento en torno mio; yo no la encuentro en mi corazón.

La fatalidad, Fabian mio, me ha colocado en bien triste lugar.

Soy como la pobre rama, que desgajada del seguro tronco, se agita á merced de todos los vientos, sin fuerza ni escudo contra el empuje del vendaval.

Oh! sí: en mi corazón luchan mil encontrados sentimientos al par.

Sentimientos que no sé como expresarte, pero que me hacen sufrir con igual intensidad.

Tú has dado un nombre al afecto que me inspira Horacio; nombre que me hizo estremecer, pero que es verdaderamente el único que le conviene.

Sí, yo le amo! ay! esta palabra que estampa mi pluma me horroriza! rasga el papel en que la escribo, y que no quede de ella mas recuerdo que el que queda de un gemido que un corazón deposita en otro corazón.

Yo le amo! pero con un amor que en nada se parece á los afectos de este mundo!

Todo pureza, todo abnegación, mezcla indefinible de piedad y de admiración, que sin ensueños, sin esperanzas ni alegrías en la senda de la vida, guarda sus deseos y sus aspiraciones para el cielo.

Y sin embargo de este amor, Fabian, yo ambiciono, yo anhelo como mi única esperanza que Amelia no abandone la senda de su deber, y que

ame y que haga dichoso al que Dios le ha dado por compañero en esta vida. Yo deseo á la par que Horacio vea en ella la sola alma hermana de la suya, la sola flor que perfume su vida, el único astro que le guíe.

Oh! si él fijase en mí su pensamiento, si llegase á sentir al sonido de mi voz algo mas que una vaga amistad, entonces abandonaría esta casa, y jamás volvería á verle, te lo aseguro.

Pero no: en su corazón solo hay lugar para ella! á mí me distingue por el cuidado y el afecto que profeso á Elvira y nada mas!

Oh! si pudieras saber qué impresión hace en el corazón de Horacio un solo acento, una frase que le dirige Amelia.

Estos días noto en él una inquietud vaga, una ansiedad extraordinaria cuya causa no sé adivinar.

Dos ó tres veces me ha dirigido la palabra como anhelando hacerme una pregunta, y dos ó tres veces la voz ha espirado en su labio, sin expresar la idea que surge en su mente ó que atormenta su corazón.

Elvira le acaricia en vano sin poder sacarle de la preocupación que le domina, y yo me aterro ante este mudo pesar.

Entre tanto, Fabian mio, mi vida corre triste y silenciosa como las horas de una noche sin luz, y á no ser por la idea de que soy algo útil á nuestra madre, ¿quién sabe? quizá hubiese ya ido á aumentar el número de esas generosas mártires de la caridad, que se consagran al servicio de los enfermos, de los pobres, de los desgraciados!

Adios, Fabian, hoy nada mas tengo que decirte: me encuentro triste, desanimada y abatida. ¡Ay de mí, hoy suspira solo por la paz que gozaba á vuestro lado, tu amante y desdichada,  
—MARÍA.

*Maria á Fabian.*

Cuán cierto es, hermano mio, que á las grandes tempestades preceden á veces algunos momentos de inacción y de calma!

Oh! ayer te dije que mi existencia era monótona como la sombra de una larga y oscura noche, y hoy puedo añadir que á las tinieblas ha sucedido, no la claridad purísima del día, sino la fosfórica luz del relámpago, que anuncia el estallar del trueno.

Ya sé, ya he podido comprender la causa de la agitación del conde: ya sé, ya he llegado á comprender que un miserable se empeña en destruir mi obra, sembrando no solo la duda, sino la zizaña en el corazón del triste Horacio, y que él, inútil para mirar frente á frente el camino de su



vida, se sirve de unos ojos que le engañan, se vale de unos labios que le exageran el mal en vez de disminuirlo, en vez de ocultarlo por completo.

Pedro, su ayuda de cámara, bien guiado por un celo mal entendido, bien por otra causa mas mezquina y despreciable, se ha constituido en expía de la condesa, y procura adivinar sus secretos, y seguir todos sus pasos, para venir á despertar los celos de Horacio con estos relatos, de cuya verdad yo no responderia.

Para lograr su intento, se ha hecho el amigo, el inseparable compañero de Felisa, de la doncella de la condesa, que nada le oculta, y que le refiere hasta las mas pequeñas acciones de su señora.

Esta mañana, Amelia habia salido á hacer algunas visitas, y doña Juana se habia recogido un instante despues del almuerzo, rogándome que entretanto repasase á la niña su leccion de canto.

Bajé al gabinete y Elvira, que estaba allí con su padre, corrió á mis brazos y me dijo con aturdimiento:

—Ven, María, ven; papá no me quiere ya.

—¡Que no te quiere! la respondí con asombro! Ah! no digas tal cosa, hija mia, porque eso no puede ser.

—Sí, sí, insistió Elvira; ¿no ves que no sonrío con mis caricias como otras veces, que apenas me contesta, y que no quiere venir conmigo á coger flores ni á dar pan á los peces?

—Estará enfermo quizás, hija mia, dije á la niña estrechándola contra mi pecho, y no debes exigir de él mas de lo que quiera concederte.

Al hablar así fijaba yo mis ojos en el semblante del conde, que con la frente oculta entre las manos, parecia no haberse fijado en nuestra corta conversacion.

Estaba muy pálido, y el temblor de sus labios probaba la gran agitacion que le dominaba.

—Lo ves? murmuró Elvira, señalándome á su padre: lo vez? ni quiere oirme! sin duda está enfadado conmigo; hálale tú, María.

Horacio alzó la cabeza al escuchar mi nombre, y preguntó con alterado acento:

—Quién está aquí? ¿es V., María?

—Sí señor, respondí, yo soy.

—Viene V. sola? exclamó con rapidéz.

—Sí; iba á dar su leccion á Elvira.

—La señora ha salido, es verdad? dijo con insegura voz.

—Sí papá, exclamó la niña acercándose: mamá ha ido á visitas.

—Y... tu abuelita? insistió.

—Duerme su siesta, replicó la niña.

El conde pareció vacilar.

Despues, y como el que toma una resolucion decisiva,

—Vé, dijo á su hija: vé á formar un ramo de flores al jardin, que en breve bajaré á reunirme contigo.

—Y quien te guiará? interrogó la niña en su candor.

—María se servirá prestarme ese servicio, dijo Horacio; anda y no te detengas, hija mia.

La niña salió.

Yo estaba aturdida.

Indudablemente habia querido quedarse á solas conmigo, pero para qué? qué me iba á decir?

Cuando los leves pasos de Elvira se perdieron en la distancia,

—María, me dijo: ¿por qué no es V. sincera conmigo? ¿por qué quiere V. ayudar á los que me engañan?

—Yo... respondí admirada y sin sospechar á dónde iba á parar.

—Sí, dijo él: V. que con sus dulces palabras disculpa siempre la conducta de una mujer harto culpable! V. que le encuentra siempre un motivo fácil, y laudable á todas sus acciones! V. que siempre encuentra medio de justificar lo que podía acusarla.

—Señor conde, exclamé un poco mas tranquila. Lo que dije á V. ayer, lo repito hoy, porque mis labios no saben calumniar ni pueden mentir.

Una expresion de profunda amargura se pintó en su semblante, y murmuró:

—Amelia trata á V. con demasiada injusticia.

—A mí? pregunté.

—Sí, dijo: la he oido mil veces responder á V. con desden y confundirla, en su opinion, con el último de nuestros criados. Oh! mal corresponde á tan decidida defensora.

Un suspiro de profunda tristeza se escapó de mis labios al responder:

—Eso mismo probará á V., señor conde, que digo solo la verdad.

Horacio calló un instante, y yo continué con firme voz:

—La señora condesa es una mujer digna y leal, demasiado jóven aun, demasiado hermosa y mimada por la fortuna, podrá amar esa sociedad que la halaga, podrá gustar de ese mundo que rinde homenaje á su belleza, pero esto solo debia inspirar al esposo que la ama un sentimiento de orgullo, y nunca un motivo de queja!

Horacio, con un movimiento brusco y rápido se aproximó á mí, cogió mi mano, y exclamó con afán:

—Júreme V. que me vá á decir la verdad.



—Sí, respondí; pero de qué?

—Júreme V. también que nadie sabrá lo que voy á confiarla.

—Lo juro, exclamé con mas seguridad esta vez, porque estaba cierta de poder cumplir mi juramento.

Entonces sacó un papel que hasta entonces no habia yo visto, y presentándomele con mano trémula,

—Lea V. lo que dice esta carta, exclamó.

Tomé aquel papel y vi aterrada que decia estas palabras:

«Espéreme V. esta noche á las diez; tengo la llave del jardin y no faltaré.»

Al pié de estas líneas se leia un nombre que habrás adivinado ya!

—Qué dice? qué dice? preguntaba Horacio con voz comprimida, viendo mi silencio; oh! pronto, mas pronto; qué hay escrito ahí?

Dios en aquel momento acudió en mi ayuda, porque invoqué su nombre en mi angustia, mientras él seguia preguntando con mayor afán:

—Qué dice ahí?

Pude pronunciar con voz firme y segura estas frases, que él escuchaba con la ansiedad con que escucha el reo la lectura de su sentencia:

«Espérame esta noche y no salgas, porque irá á pasar algunas horas contigo, tu amiga, —*La marquesa de San Luis.*»

Yo no sabia entonces lo que decia, hablaba á la casualidad y solo por no revelar el verdadero contenido de aquel papel, sustituí su contenido con las primeras palabras que acudieron á mis labios.

Horacio respiró con libertad y murmuró:

—Jura V. que no ha mentado, por todos sus sueños de felicidad en el mundo?

—Por todos mis sueños de felicidad lo juro! respondí tristemente y pensando que aquel juramento á nada me obligaba, porque para mí no hay dicha posible.

—Entonces esa carta debe quedar destruida, sin que nadie sepa esta accion vergonzosa; murmuró él, yo no me habia atrevido á hacer que otro la leyera, porque si ella era culpable no queria que ninguno lo supiese; pero ahora...

—Mas ¿quién la ha puesto en manos de V.? pregunté temblando.

—Permítame V. que lo calle, María; solo le aseguro que el que ha dudado de Amelia, sabrá que es inocente y que no falta á su deber. Devuélvame V. ese escrito, porque quiero con él justificarla.

Volví á aterrarme, volví á temblar.

Sin embargo, allí, al alcance de mi mano, habia tintero, habia recado de escribir.... hice un

esfuerzo, y rozando apenas la pluma sobre el papel, mientras insistia en mis preguntas á Horacio para distraer su atencion, tracé con mano rápida las mismas palabras que habia dicho, y doblando la blanca hoja, se la entregué en cambio de la otra que él me habia dado.

Ay! Fabian mio, qué triste cosa es estar ciego!

Yo misma, yo que tanto admiro á ese hombre, acabo de engañarlo como se engaña á un pobre niño.

Me ha suplicado que le deje solo, y ha llamado á Pedro para borrar la sospecha que éste abriga contra Amelia.

Todo he podido oirlo al salir.

Mas ¿qué sucederá ahora?

Hoy he conjurado la tempestad, ¿pero quién la conjurará mañana?

¿Qué hará esa mujer? ¿qué pasará esta noche cuando su amiga no venga? ¿debo advertirla lo que pasa? ¿debo decirle que camina á su perdicion? ¡no sé! ¡no sé! ¡Oh! ¿por qué no estás á mi lado para aconsejarme en esta ocasion?

Me llaman; no puedo seguir: Adios, pídele por tu hermana, —MARÍA.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á MI QUERIDA PRIMA

LA SEÑORITA DOÑA MILAGRO PEREZ.

EN SUS DIAS.

Has nacido en los días  
De primavera,  
Para ser de las flores  
La hermosa reina;  
¡Qué negra envidia  
Tendrán las bellas flores  
De tus megillas!

Los dulces ruiseñores  
De esta comarca  
Me han dado, prima, anoche  
La serenata.  
Y me dijeron,  
Que por ser primo tuyo  
Cantaban ellos.

Y las auras suaves  
Finos aromas  
Me han traído del huerto  
Donde reposas.  
Y es que no caben  
En tu casa mas flores  
Y me las traes.



El llanto de tus ojos  
Son lindas perlas  
Que se afana en guardarlas  
La primavera,  
Prima, no llores,  
Aunque de esa fortuna  
Yo muera pobre.

Ilumine tu rostro  
Dulce sonrisa  
Y el fuego de tus ojos  
Muestre tu dicha  
¡Qué claro brillo!  
¡Feliz quien de ese fuego  
Se muere rico!

Francisco Jiménez Campaña.

## LA VIRGEN DE LAS RUINAS.

(Conclusion).

—Desde entonces, continuó Teotisbe, desde entonces no se que sentí: pasó un poco tiempo... mi cabeza vaciló se entorpeció mi cuerpo... quise llegar á mi retiro pero, no tuve fuerzas y caí aquí... aquí donde voy á terminar mis dias, aquí...

—¡Oh!

—¡Donde muero bendiciendo á Dios!

En medio de su dolor, en medio de su agonía las facciones de la jóven tenian una dulzura celestial, y su mirada una espresion divina.

No era la muerte de una mujer, era la asuncion de una santa la que se iba á efectuar allí.

Valerio lo comprendió así, pues postró una rodilla en tierra y exclamó:

—¡Los ángeles os rodean llenos de amor: los cielos abren sus puertas para recibirlos! en este instante os pido el perdon del que acaso sin querer ha causado vuestra muerte y que á su vez ha muerto tambien.

—¡No os comprendo!

—Al tocar vuestra boca, ese hombre aplicó á ella un líquido que produce en otras muchas horas de sueño, y que en vos, debilitada por las privaciones, estenuada por una vida de martirio, ha producido la muerte.

—¡Ah!

—¡Le otorgais vuestro perdon!

—Sí, si con toda mi alma.

—En cambio sabed que en este sitio, en este desierto estará Dios dentro de poco.

—¡Él está en todas partes! balbuceó la jóven que apenas podia articular un acento.

—Si, mas en este lugar se le ofrecerá pública

veneracion, y la inmaculada Virgen María dará su nombre á estas ruinas.

—Yo no podré verlo.... por que....

—¡Dios mio! dijo Valerio viendo la terrible alteracion de las facciones de Teotisbe. Dios mio!

—La vida se vá, esclamo ésta con trabajo, la vida se vá, pero.... escuchadme aun.... Vuestro amigo ha perecido.... castigado, segun decís por Dios: y vos que habeis respetado á la que os rogaba en su nombre, vivireis y sereis feliz.

—¡Ah!

—Adios.... adios.... hasta....

—Adios, ángel de virtud, exclamó el jóven con ardorosa y doliente espresion: yo te juro que tu memoria vivirá siempre aquí, porque perpetuaré tu imágen sobre estos mármoles que has hollado con tu planta.

—¡Oh no! ignorada he vivido, ignorada quiero.... permanecer.... que jamás mi nombre se grave.... la gloria.... solo pertenece.... al Sumo Creador.... yo al arribar á su presencia rogaré... mucho por....

—¡Teotisbe!

—Por aquel que no pudo ser mi hermano en la tierra, pero que lo será en el cielo!

La jóven no pudo continuar: su existencia tocaba á su fin: se cumplia el plazo de su dolorosa peregrinacion.

Dios iba á tener piedad de ella; ¿á qué probar mas su acendrado amor si su amor estaba ya acrisolado? ¿á qué experimentar mas su fé, si su fé era cierta? ¿á qué dilatar mas su esperanza, si su esperanza la sostenia, sin que su pié vacilase jamás?

Ya era tiempo, sí, ya era tiempo de que aquel alma pura volase al cielo: ya era tiempo de que aquel corazon solitario se vivificase al calor del amoroso sol; ya era tiempo en fin de que aquel cuerpo que tanto habia sufrido, descansase en un lecho de rosas en la morada de la eterna paz.

Justiniano al cortar con su imprudencia aquella vida, no habia hecho mas que cortar una flor: podia marchitarse pero el perfume ascendia al cielo.

Valerio observaba la agonía tranquila de aquella mujer, y en su mente se agitaban los mas contrarios pensamientos y su corazon latia dominado por sentimientos ignorados.

De pronto la santa moribunda quiso incorporarse, ponerse de rodillas, y estender los brazos al cielo pronunciando con clara y dulcísima voz el nombre augusto de Dios y el de la inmaculada Virgen María.

Pero las fuerzas la abandonaron y cayó en el suelo pálida y yerta con la apagada lentitud de un ancho y blanco copo de nieve.



¡Su alma acababa de volar á los cielos entre las alas de los ángeles, y el perfume de las rosas silvestres que la cercaban!

Valerio la vió caer, pero no se atrevió á posar su mano en aquel cuerpo puro y santificado por la inocencia y por la oración.

Por un movimiento espontáneo, se postró de hinojos é inclinó su frente con profunda veneración.

Abismado por un instante en su dolor y en su abstracción, le pareció percibir una armonía vaga y celestial como jamás había llegado á su oído.

¿Era el rumor de las auras? ¿era el postrer eco del suspiro de Teotísbe? ¿Quién sabe! acaso eran los ángeles que saludaban la entrada en cielo de la que en la pureza y en el amor había sido su hermana.

El jóven oró mucho rato: algunas lágrimas vinieron á hacer mas ferviente su plegaria.

¿Qué dijo? ¿qué pidió en ella? solo Dios pudo saberlo, pues el serafín custodio de su alma, ni aun se atrevió á agitar un momento sus alas de oro, por no turbar el eco de aquella sentida oración.

Solo al levantarse para abandonar aquel desierto lugar, pudieron oírse estas palabras en sus labios:

—Adios, ángel de paz; ¡Dios te ha escuchado!

Algunos meses despues los ardientes rayos del sol iluminaban las altas torres de una iglesia consagrada á la Virgen María bajo el nombre de la Pureza, en medio de una basta soledad.

El oro, el mármol, los primeros del arte, todo se había reunido allí para dar honra y gloria á la augusta Madre del Salvador.

Á la derecha del santuario se levantaba otro edificio, destinado á dar morada á algunos hombres consagrados á Dios, y destinados á socorrer á los pobres viajeros que llegasen á aquellos sitios, y á la izquierda se ostentaba una capilla pequeña, en cuyo centro se distinguía silenciosa y fria la blanca losa de un sepulcro.

Nada faltaba ya: el artista que lo había dirigido todo estaba allí, contemplando con orgullo aquella magnífica obra.

—Vamos, señor, dijo al fin á un jóven pálido y melancólico que estaba á su lado; creo que estareis contento de mí. La iglesia es suntuosa, y en cuanto á esta capilla...

—Sí, todo está bien, y estoy dispuesto á daros el precio convenido.

—Antes es preciso concluir, pues aun falta una cosa.

—¿Cuál?

—Grabar en esta piedra el nombre de la persona que reposa bajo ella.

—Su nombre es un secreto, amigo mío, que solo sabe Dios.

—Pero al menos es preciso...

—Sí, teneis razon, es preciso indicar de algun modo que la santidad y la modestia duermen aquí.

El jóven guardó un instante de silencio, y despues como inspirado por una súbita idea, por un recuerdo luminoso; grabad en esa losa, dijo, grabad una violeta marchita, y ella significará que la que descansa en esa tumba, fué humilde y modesta y pura cual ella, y se ocultó tambien de la mirada del hombre como esa tierna flor se oculta entre sus hojas.

—Está bien, así lo haré.

Ahora tomad ese oro, pues acaso no nos volveremos á ver.

—Cómo, ¿pues en adelante...?

—En adelante, yo viviré allí, esclamó Valerio, señalando al asilo destinado á socorrer á los pobres: Yo viviré allí, y ella... ¡en el cielo!

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## VARIETADES.

### LA HIJA DE LA VÍRGEN MARÍA.

(Traducción del alemán).

Á la entrada de un extenso bosque vivía un leñador con su mujer y una hija única de tres años, á la que no podían mantener los infelices consortes, pues eran tan pobres que carecían hasta de lo mas necesario.

Una mañana salió el campesino muy triste á trabajar, y cuando estaba partiendo leña se le apareció una señora hermosísima, que llevaba en la frente una brillante corona de estrellas.

—Soy, le dijo, la Señora de este país. Sé tu miseria. ¿Quieres entregarme á tu hija y haré con ella las veces de madre?

El leñador vió el cielo abierto. Corrió en busca de la inocente criatura y se la entregó á la Señora, que se la llevó á su palacio.

La niña era allí muy feliz. Comía bizcochos, bebía buena leche, vestía trajes de oro y todos procuraban complacerla. Cuando cumplió catorce años, la llamó un día la señora para decirle:

—Querida hija mía; teniendo que hacer un viaje muy largo, te entrego las llaves de las trece puertas del palacio, doce de las cuales puedes abrir, pero no la décima tercera que se abre con esta llave. Guárdate bien de ello, pues de lo contrario te sobrevendrían grandes desgracias.

(Continuará.)

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.